

nente, las relaciones interétnicas no vuelvan a deteriorarse y las poblaciones —mayorías y minorías— puedan por fin vivir una existencia de tole-

rancia, libertad, justicia y dignidad.

GUILLERMO Á. PÉREZ SÁNCHEZ

Rolland, Denis; Delgado, Lorenzo;  
González Calleja, Eduardo; Niño, Antonio y Rodríguez, Miguel,  
*L'Espagne, La France et L'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XXe siècle*,  
L'Harmattan-CSIC, París, 2001.

Resultado de una investigación que ha reunido en un proyecto común a investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la Universidad Complutense de Madrid —por España— y de la Université de Reims, de la de Strasbourg y del Institut universitaire de France —por Francia—, es ésta una obra colectiva que indaga en torno a las políticas culturales de España y Francia respecto a América Latina a lo largo de la primera mitad del siglo xx. O sea, una mirada sobre la historia de las representaciones que ha moldeado la política exterior de esos dos países europeos con lazos y legados reales o imaginarios, privilegiados o promovidos, con la región y que ha permeado la configuración, a lo largo de ese tiempo, de las políticas culturales de sus responsables políticos para aquella área de influencia. Y es que, aunque suene a tópico, América Latina tiene relaciones especiales con España, y también con Francia. Con la primera, por un conjunto de herencias culturales e institucionales desde los tiempos de la colonia y como resultado de la inmigración ultramarina; con la segunda, especialmente, por los valores de la ilustra-

ción y de la Revolución Francesa que han impregnado los ideales de libertad y de democracia para la configuración, en el siglo xix, de los estados nacionales latinoamericanos. Pensado en torno a las relaciones entre política, cultura y proyección internacional, el trabajo en su conjunto se desmarca de una historia meramente diplomática para apostar por otra lectura «más renovada», la de las relaciones culturales; analizadas, además, desde una perspectiva comparativa. Reto metodológico este último que, al tiempo de dotarle de señas de originalidad a este libro colectivo, ha supuesto para los autores un compromiso de análisis y de síntesis, prolijas y desplegadas todas, de una serie de monografías parciales hechas en su día —algunas, por los propios autores aquí reunidos— sobre las relaciones de España y Francia con distintos países latinoamericanos. Con todo, la atención está puesta en el diseño de unas políticas culturales y en el convencimiento de un paternalismo eurocentrista que, como casi siempre, entraña relaciones desiguales y de falta de reciprocidad. Y menos, en cambio, en los efectos de su aplicación. Ciertamente no resultan sen-

cillas las valoraciones hechas desde esta última perspectiva ya que supondría considerar una serie de factores que harían, cuanto menos, pensar en la recepción que tuvieron las políticas culturales francesas y españolas en las repúblicas latinoamericanas o, también, en qué actitud asumieron ante ellas los Estados Unidos —elemento clave para entender los alcances de las políticas exteriores hacia América Latina en el siglo xx—. Porque la mirada puesta en los resultados de la recepción de tales políticas exigiría explorar, también, las formas de asimilación de nuevos valores; el impacto y las implicaciones que tuvieron sobre los colectivos y sectores sociales destinatarios. Y no dejan de ser pocas las referencias y escasos los intentos de aproximación en esa dirección, dejando la investigación en un punto de inicio para futuras incursiones. Sería injusta, sin embargo, si dejara de mencionar las intencionadas reflexiones sobre la proyección política y las representaciones elaboradas en la región a raíz de la política exterior de antiguas metrópolis europeas (me refiero al análisis de Rolland).

A lo largo de casi 500 páginas, los autores ofrecen al lector sus resultados en cinco capítulos que respetan las versiones escritas en francés o español de cada uno de sus autores y que, si bien cada uno de ellos —excepto el último— está circunscrito a períodos concretos de análisis —en los que los cortes cronológicos resultan del entrecruzamiento de las rupturas de la historia mundial con las propias de la historia de Francia y España—, no siempre logran evitar la reiteración de ideas y

de información. En ese sentido, y evaluada la obra en su conjunto, el esfuerzo de síntesis resulta en ocasiones malogrado y, seguramente, una labor más cuidada de edición hubiese dado al libro un mayor equilibrio en cuanto a sus contenidos. Antonio Niño ha reflexionado ampliamente sobre los mecanismos que han determinado la esencia de las políticas culturales exteriores de Francia y España entre los comienzos del siglo xx hasta el inicio de la Guerra Civil española. Y nos cuenta cómo desde sus orígenes, la acción cultural en el exterior de ambos países hacia América Latina tuvo como trasfondo el aprovechamiento que cada uno hizo de sus respectivas ventajas. España, de una lengua y de un pasado en común, y —especialmente en países como Argentina, Uruguay y Cuba— de una numerosa colonia de emigrantes con una fuerte identidad étnica y una visible disponibilidad para cualquier empresa de reconocimiento de sus sentimientos y acciones patrióticas por parte de aquellos políticos e intelectuales de la península que se esforzaban, sobre todo desde el ámbito universitario, por reorientar un hispanoamericanismo concebido en clave regeneracionista. Francia, de la ascendencia cultural que tenía, desde el siglo xix, entre las élites políticas e intelectuales latinoamericanas, por un lado, y de un prestigio político asociado a un sentido mesiánico de ser la nación guía de los valores liberales de la civilización occidental. Sin embargo, Francia más prontamente que España, y debido a la importancia que adquirió la opinión pública internacional tras la Gran Guerra, emprendió una definida política cultural desde el Es-

tado, adaptando la propaganda bélica para los tiempos de paz. Niño nos proporciona elementos para cotejar la especificidad de la política cultural exterior francesa hacia América Latina respecto a otras áreas de influencia, pero sí nos dibuja los métodos a través de los cuales el gobierno francés intentó crear vínculos de simpatía y solidaridad sobre la base de un parentesco intelectual, interviniendo en iniciativas culturales de exportación; pilares de esa política fueron la difusión de la lengua y la intervención en el terreno de la educación —aún en los establecimientos religiosos— para los sectores cultos y refinados. En contra de la apuesta cultural de Francia hacia América Latina en la época de entreguerras jugaron un papel de primer orden, por un lado, el creciente avance de los Estados Unidos tanto en los medios intelectuales como de información y de ocio cultural para las masas y, por otro, las tendencias nacionalistas en la región que cuestionaban la propaganda y la influencia extranjeras.

Las acciones culturales de España hacia América Latina en el período le obligan a Niño a repasar, una vez más, los aciertos y desaciertos de las diferentes e incompatibles versiones del hispanoamericanismo; fenómeno siempre complejo, ambiguo, sesgado en su lectura de intercambios culturales y, en este capítulo, centrado casi exclusivamente en relación con la Argentina. También España, en el período de entreguerras, hizo de su acción cultural exterior hacia América Latina una oportuna política de Estado al crear un organismo gubernamental— la Junta de Relaciones

Culturales—, en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, en aras de recuperar un diálogo a favor de una hispanidad que se decantaría en una retórica reaccionaria, conservadora, ultranacionalista para los fines propagandísticos del régimen. Pero más que centralizar, el primer organismo público encargado de diseñar y ejecutar la política cultural española hacia América Latina acabó financiando y supervisando la actividad de las organizaciones privadas o de organismos públicos relativamente autónomos de la estructura estatal —como la Junta de Ampliación de Estudios o la Junta de Relaciones Culturales— que se apoyaban en la amplia cobertura ofrecida por los emigrantes ricos e ilustrados. La República trazaría, también en ese ámbito de la política exterior, nuevos aires. Pero la brecha entre lo que se quería y lo que se podía hacer se amplió debido, entre otras cosas, a los continuos cambios ministeriales. Y con su fracaso, naufragaría la oportunidad para diseñar una política cultural hacia América Latina sobre bases distintas a la anterior.

Precisamente, es preocupación del capítulo de Eduardo González Calleja los modos en que interfieren las crisis y las mutaciones políticas en los instrumentos y las estrategias de exportación cultural para un período especialmente rico en conflictos, 1936-1939. Y nos muestra, con rigor de análisis, cómo en los años 30 las políticas culturales desplegadas por los países europeos hacia América Latina devinieron en abiertas políticas de propaganda. No fue ajeno a ello, claro está, la dificultad de una política estable en los tiempos de entreguerras, facilitando la

difusión y la acogida de modelos políticos alternativos como el comunismo, el fascismo y el panamericanismo que erosionaron la credibilidad de los valores democráticos. A Francia esto le supuso reorientar los medios y objetivos de la acción cultural hacia el área. Pero, empeñada en la difusión de las culturas entre las elites no logró del todo captar las nuevas técnicas culturales de difusión entre las masas, como la radio o el cine. Para España, el estallido de la Guerra Civil significó la dislocación de los instrumentos gubernamentales de acción cultural exterior y en algunos países de América Latina, como México y la Argentina, el conflicto adquirió la fisonomía de un combate cultural que polarizó a las opiniones públicas en torno a las alternativas doctrinales mutuamente excluyentes de libertad y democracia versus fascismo y dictadura. Como campo de batalla ideológico, América Latina implicó a la emigración en las diferentes estrategias de difusión de la propaganda de los bandos contrapuestos. Si bien González Calleja poco nos dice cómo aquellos servicios de propaganda calaron en los diferentes grupos locales de las sociedades latinoamericanas, sí nos proporciona las claves para medir las diferentes estrategias de difusión ensayadas por los bandos en pugna y confirmar la certeza de que la guerra de propaganda en la región fue ganada por los republicanos.

El análisis de Denis Rolland, incisivo, nos alerta sobre los riesgos de identificar arquetipos comunes en las relaciones internacionales culturales de regímenes aparentemente análogos, por antidemocráticos y con una fuerte oposición política en

el exilio, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial como lo eran el de Franco y el Vichy. Y nos propone, partiendo de las diferencias más que la simple concordancia de que en aquella época (1939-1945) ocurrieron ciertos fenómenos paralelos en España y Francia, un análisis desde el estudio de las instituciones implicadas y de las representaciones resultado de la proyección; de las relaciones entre memoria e historia, de la reconstrucción visible desde el presente de aquel pasado.

De los tiempos de la posguerra hasta los primeros años de la Guerra Fría se ha ocupado Lorenzo Delgado para dar cuenta de cómo, en un contexto de paz, Francia y España fueron reconstruyendo las políticas culturales hacia América Latina. Tanto Francia como España pusieron sus miradas en la región buscando un respaldo político para reforzar su legitimidad internacional. Para Francia era prioritario reconstruir su crédito exterior, para lo que dotó de renovadas energías a su mesianismo cultural mediante un específico Plan de Acción para América Latina destinado a las clases medias latinoamericanas y enfocado en la intensificación del intercambio científico y universitario evitando la competencia con los Estados Unidos. Para España, encontrar un acomodo en un medio internacional hostil a la dictadura franquista. América Latina era una zona especialmente útil para reconducir una política exterior que sirviera para dotar a un régimen de una imagen disociada del fascismo. El catolicismo fue la baza de la dictadura para su propaganda americanista y el Instituto de Cultura Hispánica el organismo paraestatal encargado

de su ejecución. Para ambas, concluye Delgado, sólo cabían estrategias análogas de una política exterior cultural basada en los recursos de la diplomacia sustentada en los contactos personales, el empleo del halago y la concesión de distinciones y condecoraciones para captar las voluntades de los sectores influyentes.

A falta de un capítulo que recoja las transformaciones de los cambios de la política cultural de ambos países a partir de mediados de 1950, el trabajo de Martín Rodríguez compara las fiestas y monumentos que representan las travesías transatlánticas de la cultura y la memoria; o sea los dispositivos simbólicos de la propaganda para generar corrientes de simpatía en el exterior. Y lo hace a través de la recreación de los rituales asociados a ellas en América de las fiestas del 14 de julio y del 12 de octubre a través de todo el período objeto de estudio en el libro; de sus promotores y de los im-

plicados en las conmemoraciones. Si bien la del 12 de octubre se cristalizó en un ritual cívico de muchas naciones latinoamericanas como expresión de cosas distintas según los países, la del 14 de julio quedó circunscrita a un papel simbólico entre algunas elites francófilas. Las nuevas lecturas de la fiesta nacional francesa en tiempos de entreguerras hechas en muchos países de la región en clave antifascista escapan, sin embargo, del análisis del autor. El uso del espacio para la memoria de unas relaciones culturales es estudiado a través de los monumentos que, tanto en París como en Madrid, evocan, para la contemplación de un público reducido —por la localización de los mismos— el pasado heroico de las diferentes naciones latinoamericanas. Incursión enriquecedora, en definitiva, de una historia cultural para entender mejor las relaciones internacionales.

MARCELA GARCIA

Carlos Barrera (coord.),  
*Historia del periodismo universal*,  
Barcelona, Ariel, 2004, 417 págs.

Según narra George Weill, en 1787 el diputado y filósofo político Edmund Burke reprochó a los periodistas presentes en la Cámara de los Comunes el haberse convertido en el «cuarto poder». Así que dos años antes de la Revolución Francesa, de la eclosión de la palabra, y por tanto del periodismo, que aquélla extendió por todo el continente, llegaba ya el primer aviso del poder enorme que unas hojas impresas, todavía en ciernes, iban a alcanzar en el mundo

contemporáneo. Y todo gracias a Gutenberg, una vez más, pues si la imprenta había hecho posible el nacimiento de la cultura moderna, casi tres siglos después iba a permitir aún el desarrollo de la política tal como hoy la entendemos, es decir, como palabra hablada y escrita en el espacio público. Sin periodismo no existiría la política. De ahí la importancia que el presente libro tiene no sólo para los periodistas, sino también para los estudiosos de la